tras Dios sea Dios, los elegidos serán soberanamente felices, y reinarán y triunfarán."

Esta posesión tan formal, reconoce otros fundamentos, y se pone fuera de duda por otras consideraciones, así en la Gloria como en la Eucaristía.

La Eternidad, que es el mismo Dios, se contiene toda entera, por explicarnos así, en un solo instante; como toda la masa de una esfera se contiene sobre el punto de su contacto con el plano que le sirve de apoyo.

San Anselmo dice que "es una vida interminable, que toda ella existe en cada instante."

Siendo esto así, el alma, al entrar á la bienaventurada Eternidad, entra en posesión de este instante dichosísimo; entra en posesión de toda ella; entra en posesión de Dios.

La Eucaristía, que es el mismo Dios, se contiene toda entera en una partícula de los accidentes de pan ó en una gota de los accidentes de vino; y el cristiano que comulga, al recibir en su pecho esta partícula y esta gota, entra en posesión de la Eucaristía; entra en posesión de Dios.

En la Gloria, dice el Apóstol, "Dios es todo en todos;" (1) y tiene que ser así, puesto que Dios es indivisible; por lo que cada bienaventurado, lo posée, como si solo él lo poseyera; como si solo para él existiera, y como si solo para él se hubiera criado la Gloria: y todos los bienaventurados disfrutan la Gloria y poseen á Dios con el mismo grado de felicidad.

En la Eucaristía cada uno de los que comulgan recibe á Dios, como si solo para él estuviera en el Sacramento, y como si solo para él se hubiera consagrado el pan; y todos los que se acercan á la Sagrada Mesa, reciben la comunión y poseen á Dios de la misma manera.

Dios abre las puertas de la Gloria, para dar la vida eterna á el alma que sale en paz de este mundo.

Jesucristo abre las puertas de la Eucaristía, para recibir el alma que entra en gracia al templo, y guardarla para la vida eterna.

Discurriendo S. Agustin sobre el Salmo XCI, en el que David celebra la bondad y la justicia de Dios en todas sus

(1) Cor. XV, 28

obras, señala cuatro gradas de la escala por la que el hombre sube á la Bienaventuranza: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación; y en cada una de ellas entra el alma en posesión de Dios, al entrar en posesión de las verdades recogidas; de los misterios examinados; de los afectos sentidos y de las resoluciones tomadas, en ese conjunto sobrenatural y divino que en la expansión más dulce del espíritu y en el consuelo más necesario para el corazón, hace salir á la criatura de la tierra; y si no la coloca en el Cielo, porque todavía no es la hora, sí la conduce, sin desviarse, al Cielo.

Estos mismos actos son los escalones que sirven á el alma para subir á la Eucaristía: pues ademas de que todos ellos son tan importantes para la vida cristiana, que es la preparación remota de este Augusto Sacramento, forman parte integrante de la preparación próxima, especialmente los dos primeros, y de la acción de gracias, en la que ocupan un lugar preferente los dos últimos.

En la Gloria, el bienaventurado está en Dios, puesto que al entrar á la Gloria en-

tra á Dios que es la Gloria; y la Gloria está en él, puesto que al disfrutar la Bienaventuranza, disfruta á Dios, que es la Bienaventuranza. Es decir, que Dios posée al bienaventurado, y el bienaventurado posée á Dios.

En la Eucaristía, el que la recibe está tambien en Dios, y está en él, puesto que el mismo Jesucristo, que es la verdad por esencia y la palabra infalible, lo aseguró por sus más claras, explícitas y terminantes afirmaciones cuando dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él."(1)

Qué posesión tan completa y tan dulce, recibe el cristiano en la Eucaristía!

Ella lo hace poderoso, lo hace rico, lo hace felíz, lo hace santo, y le permite decir con la Esposa de los Cantares: "Mi amado es todo mío y yo toda de mi amado."(2)

Gozar de Dios! He aquí el goce de los goces; el goce supremo; el goce por excelencia; el goce único; el goce verdaderamente digno de este nombre; el goce que constituye el centro de la humanidad y el objeto de la creación del hombre.

---

(1) S. Jn. VI,57.
(2) Cant. II,16.

Gozar! Hé aquí el móvil de todos los actos humanos!

La felicidad! Hé aquí el punto hacia el que en vertiginosa carrera y en tumultuario desórden se precipita la humanidad!

Pero gozar en la vida es una quimera, como la felicidad en el mundo es un fantasma. Porque "hecha el alma razonable á imágen de Dios—dice S. Bernardo —puede ocuparse de cosas diferentes de Dios; pero éstas no pueden satisfacerle."

El mismo pensamiento, aunque con más vehemencia y energía expresa S. Agustin, cuando dirigiéndose á Dios le dice: "Tú me criaste, Señor, para tí; y mi corazón palpita por tí; y estará inquieto y agitado mientras que no descanse en tí."

Y dónde puede encontrar el corazón ese descanso? En ninguna otra parte, sino en la Eucaristía y en la Gloria. En la Eucaristía durante la vida; en la Gloria despues de la muerte.

Dios—dice S. Bernardo—es la eterna Bienaventuranza, es la Gloria;" la Eucaristía, nos lo dice nuestra adorable creencia, es Jesucristo, es Dios.

No puede, en efecto, el corazón estar

tranquilo, sino en la Gloria; porque en la Gloria se disfruta una paz que no puede ser alterada; no puede el corazón estar tranquilo, sino en la Eucaristía, porque en la Eucaristía se disfruta una paz que no puede ser destruida.

Y no solamente es así, sino que ni áun puede ser de otro modo; porque todas las causas de desagrado, de perturbación y de inquietud que destruyen la paz del alma, tienen su origen en el mundo: en él se desarrollan, en él crecen, en él hacen sus efectos y causan sus estragos; y estas causas, como todo lo que con ellas se relaciona, como todo lo que al mundo pertenece, como el mundo mismo, no están, ni pueden estar en la Gloria ni en la Eucaristía: porque para entrar á la Gloria, es necesario salir del mundo; y para acercarse á la Eucaristía, es igualmente necesario estar lejos de este encarnizado enemigo del alma.

Y esta salida del mundo, y esta fuga del mundo, y este alejamiento del mundo, es para nosotros una apremiante necesidad, y debe sostener en nosotros un vehemente deseo: la necesidad que siente el desterrado de ver terminada su proscrip-

ción, puesto que la Gloria es nuestra verdadera y única Patria; el deseo que anima al hambriento de llevar el pan á sus labios, puesto que la Eucaristía es nuestro verdadero y único alimento.

Y qué felicidad se goza en esa Patria!

Y qué satisfacción se disfruta con este alimento!

En la Gloria se sacia el alma con los goces celestiales que condensan todas las dulzuras. En la Eucaristía se nutre con "el Pan bajado del Cielo que encierra en sí todas las delicias. (1)"

La Gloria! La Eucaristía!

Hé aquí lo más grande, lo más excelso, lo más sublime.... falta un adjetivo á propósito para calificarlo.....de todo lo que existe en el Cielo y en la Tierra: que excede á toda palabra, á todo pensamiento, á toda concepción.

Dios—dice S. Tomás—no puede hacer nada más grande y más perfecto, que Jesucristo, la Virgen María y la Gloria:

"Dios—dice S. Agustin—no puede hacer nada más grande y más perfecto que la Eucaristía."

(1) Sab XVI, 20.

Hé aquí pues, según el irrecusable y autorizado testimonio de dos de los más portentosos oráculos de la Iglesia, identificadas por sus atributos la Gloria y la Eucaristía, que son idénticas por su naturaleza: y hé aquí resumidas y condensadas, toda la alegría, toda la esperanza, toda la felicidad del Cristiano, en esta vida y en la otra; en el presente y en el porvenir; en el tiempo y en la Eternidad.

Las Letras Sagradas rebosan en inspirados y bellísimos pensamientos que arrebatan el alma, inundándola en la luz de la Gloria, y derriten el corazón abrasándolo en el fuego de la Eucaristía.

Me he estremecido de placer—dice pensando en la Gloria el más dulce de los poetas, haciendo estremecer en su palpitante sentimiento las inspiradas cuerdas de su lira melodiosa—"me he estremecido de placer, cuando se me ha dicho: vas á entrar en la Casa del Señor." (1) Y viendo en intuición profética, la Eucaristía, "toda mi dicha-exclama suspirando-consiste en estar unido á mi Dios." (2)

(1) Ps. CXXI, 1.
(2) Ib. LXXII, 28.

"Mi alma suspira y padece deliquios—continúa pensando en la Gloria— ansiando estar en los atrios del Señor." "Traspórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo." Bienaventurados, Señor, los que moran en tu Casa, pues te han de alabar por los siglos de los siglos." "Dará el Señor la gracia y la Gloria." (1) Y viendo la Eucaristía, "Tus altares oh Señor de los Ejércitos-dice-sean mi casa y mi nido, oh Rey mío y Dios mío. Dichoso el hombre que en tí tiene su amparo; y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, las gradas para subir hasta el Lugar santo que destinó Dios para sí." "Más vale estar un solo día en tu santo templo, que millares fuera de él."(2)

"Gustad y ved cuán dulce es el Señor:" (3) dice con el corazón fijo en la Gloria. Cuán excelente es el caliz que santamente me embriaga!" (4) dice con el pensamiento fijo en la Eucaristía.

En el poético libro de los Cantares, el

(1) Ps. LXXXIII,3, 5 y 12.
(2) Ib. 4, 7 y 11.
(3) Ib. XXXIII, 9.
(4) Ib. XXII, 5.

ojo más ciego se ilumina con la luz que irradia la Gloria, y los labios más insensibles se deleitan con la miel que destila la Eucaristía.

"Me hizo entrar el Rey á su gabinete —dice la Esposa— elevándome á Esposa suya:" (1) hé aquí la Gloria. "El fruto de mi celestial Esposo —continúa— es dulce á mi paladar:" (2) hé aquí la Eucaristía.

"Oh tú el amado de mi alma—prosigue —dime dónde tienes tus pastos; dónde tu sesteadero"?....(3) Dónde, pues, está la Gloria?

"En la pieza en que guarda el vino más generoso, allí me introdujo y ordenó en mí el amor:"(4) en la Eucaristía.

"Desfallezco de amor —dice con la mística Esposa de los Cánticos, el alma que arde en el amor divino —pero mi Esposo, pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza;" esto es, me sostendrá con la Eucaristía: y me abrazará con su mano derecha;"(5) es decir, derramando so-

(1) Cant. I, 3.
(2) Ib. II, 3.
(3) Ib. I, 6.
(4) Ib. II, 4.
(5) Ib. II, 5 y 6 y VIII, 3.

bre mí todos sus bienes, me inundará con toda la Gloria.

Comentando San Bernardo este misterioso, poético, encantador y significativo Libro que es el más armonioso, el más dulce, el más delicado, el más expresivo de los Epitalamios, pone en los labios de Jesucristo estas halagadoras palabras en las que bosqueja la Gloria y define la Eucaristía: "Os saciaré con un alimento misterioso; llenaré vuestros deseos; aplacaré vuestra sed; os daré reposo, y no deseareis ya nada: porque en mí están los pastos de la vida; en mí se encuentra la dicha del corazón; en mí se halla la dulce y verdadera saciedad."

"Allí —dice San Lorenzo Justiniano, enlazando la Eucaristía con la Gloria— se celebra un contínuo festin; se halla la felicidad duradera.... la dulzura en el Espíritu Santo. Allí se abre la puerta del Cielo; allí está la entrada del Paraíso."

Qué felicidad tan grande, tan pura, tan absoluta y tan completa posée el cristiano, que teniendo en espectativa la Gloria, tiene, para alcanzarla, la Eucaristía!

Nada le importa que la vida sea un va-

lle de lágrimas, si al terminarla se encuentra con el Cielo, que es un manantial de delicias; como nada importa al viajero que las aguas sobre que navega sean amargas ó repugnantes, si al tocar el puerto que las limita, entra á su Patria, donde lo espera la deseada felicidad.

Y como á éste no le preocupa ni la poca firmeza de las aguas, ni la agitación de las olas, ni la impetuosidad de los huracanes, así tampoco le amedrenta á aquél la fragilidad de la vida, ni la agitación de la naturaleza, ni la impetuosidad de las pasiones; porque como el uno cuenta con la resistencia de su embarcación, el otro descansa en el apoyo de la Eucaristía.

Nosotros somos estraños y viajeros en la tierra:(1) debemos despreciar lo que no nos pertenece, y pasar, sin detenernos, por lo que no forma parte de nuestra heredad.

En un solo punto debemos tener fijos los ojos, porque es el término de nuestro viaje; fijo el pensamiento, porque es el ideal de nuestras aspiraciones; fijo el co-

---

(1) Heb. IX, 13.

razón, porque es el depositario de nuestro tesoro: y este punto único, es Dios.

Dios ante nuestros ojos; Dios en nuestro pensamiento; Dios en nuestro corazón; Dios en la Eucaristía; Dios en la Gloria!

CONCLUSIÓN